



Pistas ignacianas para tiempos de pandemia (II)

AMPLIAR NUESTRO MUNDO INTERIOR

Si la herida que sufrió en Pamplona le enseñó a san Ignacio a convivir con su fragilidad, en su convalecencia en Azpeitia pudo asumir su dolor como tiempo de creatividad y de vida*.

JUAN DÍAZ S.J. | Director del Centro de Espiritualidad Ignaciana.

Ignacio de Loyola está postrado en casa, descodificando su interior. Es junio de 1521. Convalece después de su herida en su habitación del castillo de Loyola. No ha tenido más remedio que aceptar su situación, la que se parece más bien a la de un derrotado y vencido por circunstancias adversas. Está, ciertamente, enfrentando una crisis.

Paralizado por su postración, se distrae con imágenes. Primero, se imagina las gestas caballerescas que podría llegar a realizar rescatando de un siniestro castillo a la mujer de sus sueños. Luego, a raíz de sus lecturas de un libro de santos y de Jesús, imagina que él mismo es uno de ellos y que hace grandes cosas al servicio de los demás. Comienza a observar con atención lo que causan en su ánimo esas imágenes, que lo tienen ocupado la mayor parte del tiempo. Se da cuenta de que ellas le provocan resonancias diversas. Con las primeras queda aburrido y vacío. En cambio, con las segundas su corazón queda contento. Y así va identificando sus movimientos interiores e interpretándolos, poco a poco.

De esa manera, comienza a discernir —son sus palabras— para «sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas, para

•
*La extensa
cuarentena nos está
abriendo espacios
para bucear en
nuestro interior,
para enfrentarnos
a nuestros miedos.*
•

recibir, y las malas, para lanzar». Por tanto, Ignacio, a medida que iba reiniciando su vida normal, aunque de manera distinta, va ampliando su espacio interior, y eso se verá aún más patente en los meses posteriores, durante su estadía en Manresa. Y, como consecuencia de esta ampliación interior, también irá ampliando su espacio exterior, clarificando la nueva dirección que dará a su vida.

ORDENAR LOS AFECTOS Y LA VIDA

La extensa cuarentena, a pesar de todo lo que estamos sufriendo por ella, nos está abriendo espacios para bucear en nuestro interior, para enfrentarnos con nuestros miedos y

para despertar sentimientos hondos que antes podían estar algo apagados. Nos ha puesto una pausa en la carrera veloz en que se había convertido nuestra existencia y la de los demás. Nos está enseñando a reiniciar la vida, como en los computadores, cuando se sobrepasa la capacidad y el computador se tranca y hay que reiniciarlo, poniendo las cosas en orden. Esto es lo de ordenar los afectos y la vida.

La experiencia de Ignacio de Loyola nos invita a ampliar nuestro mundo interior. Esta es la pista ignaciana importante para tiempos como estos. Se trata de aprovechar la oportunidad para fijarnos principalmente en nuestra interioridad y en los sentimientos que van surgiendo dentro de nosotros. Nos hace sentir y tomar conciencia de las diferencias que aparecen. De admirarnos y reflexionar sobre ellas. De buscar internamente para responder a lo mejor de nosotros que, en último término, coincide con la voluntad de Dios. En fin, para que aparezca la mejor versión de nosotros mismos. Para llegar a ser mejores personas, más libres, y para

* Ofrecemos acá una segunda parte de la charla que el autor dio el 29 de mayo, titulada «Diálogo más allá del pánico. Pistas ignacianas para ayudar en tiempos movidos». La primera parte está en Mensaje N° 689, julio 2020, p. 18. Continuaremos con esta serie en nuestras próximas dos ediciones.

ensanchar el espacio exterior en donde nos movemos y existimos.

Todo esto significará descodificar lo que nos está sucediendo, porque no siempre resultan evidentes —lo sabemos— los significados de las cosas que ocurren a diario, dado que muchas de ellas están encubiertas. Cayendo en la cuenta de lo que nos acontece internamente, atenderemos mejor lo de afuera. Asimilaremos mejor la información que se nos entrega. Aprovecharemos alguna de ella y apartaremos otra para no intoxicarnos. Tal postura nos regalará paciencia para sondear los signos de los tiempos y la tentación de querer salir de la crisis antes de tiempo, sin asimilarla por completo. No basta vivir la pérdida que hemos tenido como un tiempo de resignación y de resistencia dolorida. Necesitamos vivirla como tiempo de creatividad y de vida, y de sensibilidad para percibir

•
*La espiritualidad
ignaciana nos ofrece
herramientas muy útiles
para discernir en tiempos
difíciles y movidos, como
que en desolación no
hay que hacer cambios.
Que hay que mudarse
siempre contra la
tristeza y que no hay que
quedarse rumiándola.*
•

las innumerables señales de gestación y ánimo para cuidarla como el futuro que Dios nos está regalando.

La espiritualidad ignaciana nos ofrece herramientas muy útiles para discernir en tiempos difíciles y movidos, como que en desolación no hay que hacer cambios. Que hay que mudarse siempre contra la tristeza y que no hay que quedarse rumiándola. Que lo malo se conduce pareciéndose a un niño mañoso y consentido, frente al cual no hay que ceder. Que no hay que guardar secretos, sino sacarlos a la luz, pues son los secretos los que nos enferman. Que hay que estar atentos a los puntos débiles propios para reforzarlos convenientemente. Que hay que tener siempre presente el principio, el medio y el fin de los procesos, y que lo bueno se siente como una gota de agua que cae sobre una esponja. MSJ

WWW.ARCACHILE.CL

ASOCIACIÓN DE RADIOS
CATÓLICAS DE CHILE



COMUNICANDO ESPERANZA
PARA UNA SOCIEDAD MEJOR

